

La homilía de la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo

14 de junio de 2020

Padre Valentin Iurochkin

Hoy celebramos la fiesta del Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. Nuestro Señor Jesús ha dejado para nosotros este precioso don para estar siempre cerca de nosotros. Hablando de la Eucaristía podemos decir que entre todos los sacramentos la Eucaristía es el más grande, porque ella contiene a mismo Cristo. Mientras que en todos los demás sacramentos Dios nos comunica su gracia a través de su ministro, en este Sacramento mismo Cristo viene directamente a nuestros corazones. Por eso la Eucaristía es la corona de todos los demás sacramentos.

En la primera lectura de hoy escuchamos que al pueblo de Israel se le dio maná en el desierto durante 40 años de su viaje. Y este maná era la prefiguración de la Santa Eucaristía. Es interesante que apenas el pueblo elegido por Dios llegó a la tierra prometida, el Maná desapareció. Leemos en Josué 5:12: "*Y el maná cesó el día siguiente, desde que comenzaron á comer del fruto de la tierra: y los hijos de Israel nunca más tuvieron maná, sino que comieron de los frutos de la tierra de Canaán aquel año.*". Entonces el maná era un alimento que se daba al pueblo de Israel durante su viaje por el desierto, en medio de sus luchas y sufrimientos para sostenerse. Para nosotros los cristianos, el Señor Jesús dejó algo mucho más grande que un simple pan. Sabemos que el maná dado a los israelitas no les dio la vida eterna. Leemos el dicho de Jesús: "*Como vuestros padres comieron el maná, y son muertos*". Sin embargo, nuestro Señor Jesús nos dice: "*el que come de este pan, vivirá eternamente.*" Por lo tanto, el camino de cada cristiano es semejante al del pueblo elegido de Dios. Seguimos viviendo la historia de los sufrimientos, las tentaciones del pueblo elegido. Y a nosotros nos ha quedado este precioso don del cuerpo y la sangre de nuestro Señor para sostenernos y ayudarnos a alcanzar el cielo. La Eucaristía vino del cielo para llevarnos de vuelta a nuestro hogar celestial. La Eucaristía es el alimento de un pueblo peregrino y se desaparecerá para siempre cuando cada uno de nosotros vea a nuestro Señor cara a cara.

Cuando era niño y participé en mi primera procesión del cuerpo y la sangre de Jesús, me llamó la atención una imagen en particular. La imagen era la de un pájaro que se llamaba pelícano... Sólo más tarde descubrí que este pájaro es muy particular. De

hecho, si hay una falta de comida el pelícano da su propia comida a sus hijos ofreciendo su propia vida por ellos. Por eso nuestro Señor Jesucristo es comparable a un pelícano. Jesús no sólo nos enseñó el mandamiento del amor, sino que también puso en práctica el ofrecimiento de sí mismo por cada uno de nosotros. Y continúa ofreciéndose por nosotros en cada misa.

Como bien saben, en cada misa revivimos de manera misteriosa el misterio de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Revivimos este misterioso encuentro con Jesús. Y la Misa se compone de dos partes: la liturgia de la Palabra y la liturgia de la Eucaristía. En este misterioso encuentro Jesús nos enseña a través de su palabra y después Nuestro Señor mismo pone en práctica sus palabras. Sin embargo, también nos llama a imitarle diciendo: "*Hagan esto en memoria mía*". No sólo un sacerdote ofrece el cuerpo y la sangre de Cristo, sino también cada uno de ustedes. Por eso no olvides ofrecer todo tu sufrimiento junto con Jesús durante la Santa Misa muriendo espiritualmente con él. Sólo imitando su amor aprenderemos a amar.

Celebrando esta fiesta del Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor, pidámosle que cada misa nos ayude a poner en práctica todo lo que nuestro Señor nos enseña, para que viviendo aquí en la tierra la historia del sufrimiento de Jesús y alimentándose del sacramento, de su cuerpo podamos un día contemplarlo en la gloria del cielo participando en el banquete celestial del Cordero gustando los nuevos alimentos en el reino de los cielos.